

ciente financiación, administraciones anquilosadas en su conjunto, el desequilibrio territorial, la parálisis de las áreas metropolitanas. Resultará clave diagnosticar bien esos procesos, cruzarlos con las potencialidades y acertar a la hora de establecer prioridades. No se puede hacer todo y mucho menos a la vez. Una encrucijada tan decisiva impone una actitud selectiva para las apuestas, con el riesgo que ello comporta de exponerse a la crítica y al descontento. Tratar por igual las rémoras heredadas y los proyectos de mérito solo conduce a la mediocridad. Una falsa equidad tan arraigada como destructiva y empequeñecedora.

Cae el turismo de sol. El viajero huirá de las aglomeraciones. La extensión de visitas fuera del verano, la famosa desestacionalización, surgirá casi como evolución natural por hábitos distintos. La riqueza cultural, junto a la paisajística, el turismo de autor y menos masificado, recobran preponderancia. El replanteo de las cadenas de suministro en busca de garantías y de excelencia tendrá efectos positivos en la huerta de proximidad. Las compañías agroalimentarias atraviesan una época dorada. La calidad constituye un requisito indispensable

“No existen soluciones óptimas e inapelables por cada dificultad; hay que profundizar sin temor en las novedades y apostar por el talento, la inversión y la innovación”

en cualquiera de estas bazas. Una industria habituada a reinventarse que culmine el salto verde sin agobios –y con energía a precios competitivos– supone una garantía de empleo estable frente a zonas dependientes en exceso del sector servicios donde se prevén tasas de paro del 60%. Las ingenierías, el motor y el naval, pese a sus circunstancias, navegan sin complejos por el mundo. Queda por abonar el terreno en otra área de largo desarrollo, la bio-sanitaria.

Para iniciar una fase de expansión y doblegar las vulnerabilidades falta por definir con proyectos innovadores y realistas la Galicia que queremos. Una tierra al servicio del talento, la inversión y la innovación, con un sistema de ciencia, investigación y educación eficiente como pilar fundacional, y abierta a profundizar sin temor en las novedades: la nanotecnología, la inteligencia artificial, la conectividad... No existen soluciones óptimas e inapelables por cada dificultad. Pero siempre para llegar a alguna parte hay que dar más de un paso determinante.

Doblan las campanas

Ya son muchas las semanas en las que las empresas resultan injustamente tratadas, y de una manera tan absurda y gratuita.

Levamos mucho tiempo soportando la presión y los ataques de ciertos representantes políticos, algunos en el más alto nivel ejecutivo. No se atisba ni el menor síntoma de reconocimiento por nuestra innegable labor como generadores de empleo y riqueza, ni como contribuyentes a las arcas públicas.

Poco ha importado que hayamos solicitado medidas fiscales, facilidades financieras, menor burocracia, mercado único o, algo imprescindible, seguridad jurídica. Desde el principio han sido continuos los ataques al Diálogo Social generando inoportunos e indeseables roces y desavenencias con las organizaciones empresariales, escaldadas con tanto agravio. Incluso hemos escuchado desprecio hacia los empresarios en algunas declaraciones. Gobernar así no parece democrático ni elegante, y empezaban a escucharse las campanadas.

Sobrevino entonces el cese de actividad impuesto por el Covid-19, de un día para otro. Una medida dura que los empresarios asumimos con resignación y lealtad, conscientes de que era necesario para contener la epidemia. Primero las personas, salvar vidas.

Pero llegaron decretos con nocturnidad, rectificaciones, descoordinación, duelo de competencias entre ministros... Y mientras, se hacían oídos sordos a las justas reclamaciones de quienes tuvimos que echar la persiana y cesar toda actividad sin posibilidades, en la mayoría de los casos, de generar ingresos. Y se nos exigió cumplir con todas nuestras obligaciones. El sonido de las campanas llegaba cada vez más fuerte.

El último palo que hemos recibido, esta misma semana, fue el acuerdo para la derogación íntegra de la reforma laboral como moneda de cambio de un gobierno incoherente, parte del cual exhibe con orgullo y desfachatez inconsciente su ideología anticapitalista, y cuyos efectos sobre la economía son nefastos.

La reforma laboral que quieren derogar dotó al mercado laboral español de flexibilidad en un momento crítico, aproximándonos a las condiciones de países de nuestro entorno inmediato y evitando males mayores. Quizás tenga que modificarse, pero con diálogo entre las partes y no con acuerdos inconvenientes, en tiempo y forma. No será la panacea, pero puede ser una de las claves para frenar el deterioro económico que nos amenaza.

Los empresarios defenderemos nuestro medio de vida por todos los medios a nuestro alcance, vengamos de donde vengan ataques y amenazas, porque somos responsables y conscientes de que buena parte del empleo y de los recursos públicos provienen de nuestra actividad.

Se trata de sobrevivir. Está en juego el futuro de este país, el de las generaciones presentes y futuras. No los próximos 15 días de prolongación del estado de alarma. La Humanidad es un ejemplo de superación, de adaptación, de supervivencia. No cometamos la torpeza de condenar a las empresas, de extenuarlas hasta la inanición.

El sonido de las campanas llega atronador, dejen de tocarlas o conseguirán su objetivo. No dediquemos ni un segundo de nuestro tiempo en otra cosa que no sea intentar recuperar lo que ya teníamos y quizás no valorábamos lo suficiente: la vida, la familia, los amigos. También los puestos de trabajo y las empresas.

Si siguen por este camino, como en la obra de Hemingway, no se pregunten por quién doblan las campanas, doblarán por todos nosotros.

Jorge Cebreiros Arce*



FARO DE VIGO



El presidente de Estados Unidos sugiere que un conocido presentador de televisión y excongresista está implicado en la muerte de una antigua becaria. “¿Por qué abandonó el Congreso tan rápida y silenciosamente? ¿Consiguió salir impune del asesinato? ¿Alguna gente piensa eso?” Parece la sinopsis de una novela de espionaje. Pero es un tuit de Donald Trump. En la exégesis de esta gravísima calumnia hallamos la estructura narrativa de la teoría de la conspiración. Dos preguntas intrigantes y un rumor sin fundamento. El que quiera entender que entienda. Con una muerte accidental provocada por un golpe en la cabeza tras un desmayo, como se explicó el incidente a la luz de los resultados de la autopsia, no hay misterio. Y sin misterio no hay conspiración. Y sin conspiración no hay distracción. Y sin distracción, finalmente, se habla de la gestión de la pandemia. La cantidad de páginas que tuvieron que publicarse para desmontar este disparate demuestra lo difícil que resulta a veces evitar esas distracciones.

Una declaración de esta naturaleza realizada por un cargo público debería dar como resultado una cascada de dimisiones con sus correspondientes condenas individuales y colectivas. Pero, por supuesto, nadie se ha movido de la foto. En *Una advertencia*, un libro escrito por un alto funcionario desencantado de la Administración Trump, se mencionan algunas de las insinuaciones más famosas del presidente, como la posible implicación del padre del senador Ted Cruz en el asesinato

Vieja y nueva normalidad

EL CORREO AMERICANO

Xabier Fole



de Kennedy o los “miles y miles” de árboles que salieron a las calles de Nueva Jersey para celebrar la caída de las Torres Gemelas. El autor se detiene después a reflexionar sobre ello. “Nos preguntamos: ¿de verdad cree en esas conspiraciones? ¿Solo dice esas cosas para llamar la atención? No puedo meterme en su cabeza, pero mi intuición me dice que es un poco de las dos cosas. La gente sería de la Casa Blanca siente vergüenza ajena cuando lo oyen sacar a colación esos temas”.

Este párrafo presenta un par de afirmaciones problemáticas. “Anónimo” confiesa

“El presidente de EE UU sugiere que un conocido presentador de televisión y excongresista está implicado en la muerte de una antigua becaria”

que no está del todo seguro de si el presidente de su país desvaría o simplemente se inventa esas historias delirantes debido a un afán de protagonismo. Pero uno se pregunta entonces qué clase de “gente seria” permanece en un gobierno siendo consciente de que tiene que aceptar una de esas dos opciones. Sabemos que muchos votantes están dispuestos a tolerar la retórica xenófoba, la vulgaridad y todas las posverdades que hagan falta mientras los trenes lleguen a su hora. Lo grave es la cantidad de políticos y periodistas que han terminado por asumir las nuevas reglas del juego al colaborar en la promoción de esas ficciones, justificando la ignominia y blanqueando el discurso de odio. Ted Cruz, por ejemplo, víctima de una conspiración de Trump, ahora está ayudando a este último a propagar la nueva fantasía, el “Obamagate”, una supuesta operación urdida por el expresidente demócrata para sabotear la presidencia de su sucesor.

Últimamente se habla mucho de regresar a la nueva normalidad después de que pase lo peor de la pandemia. Sin embargo, deberíamos preguntarnos también qué comportamientos hemos ido normalizando en estos últimos años, hasta el punto de que un presidente de los Estados Unidos puede insinuar sin pruebas que un periodista está implicado en la muerte de una persona sin que se produzcan repercusiones políticas. Quizás, para regresar a la normalidad, de paso, podríamos comenzar a desnormalizar lo normalizado.